

Pero no se trata de la ignorancia de un magistrado yanqui, ni siquiera de su perfidia. Si fuera otro el presidente yanqui, otro nombre, y no el de Wilson, no habría que mencionarlo. Se trata de la inescrupulosidad de los Estados Unidos en sus relaciones internacionales, de su feroz imperialismo, de su amenazadora América. Hoy se tragan una islita inerme, un istmo realengo; mañana, ¿a quién masticarán las feroces mandíbulas de estos idealistas luteranos?

Todo es digno de admirar en este cuento de hadas, en que un dragón devora a una frágil doncellita, morena y desobediente a la voz de la más elemental prudencia. Todo. Los invasores, que, prevalidos del silencio universal que circundaba a cuanto no fuera la gran guerra de 1914 a 1918, se echan sobre un desvalido país; el pretexto de que se valen estos salteadores de pueblos: «¿tú no puedes pagar a tus empleados nacionales porque yo manejo tu dinero? Pues te castigo con la pérdida de tu soberanía»; la inocente estratagema, en el país de los economistas, de confundir una deuda